

Museo de Bellas Artes

Nicolás Franco: Arte, archivos y fantasmas

CLAUDIA CAMPAÑA

En la Sala Matta del Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA) se presenta “Materia gris”, exposición individual de Nicolás Franco (Santiago, n. 1973); un conjunto de siete paneles de gran formato apoyados sobre los muros, sin clavos que los sostengan. Aunque están bien anclados al suelo, su inclinación produce una considerable inquietud —¿resbalarán?, ¿caerán?—; es decir, la percepción de inestabilidad permea la muestra. ¿Una alusión a los vaivenes que ha experimentado por décadas la pintura, frecuentemente puesta en tela de juicio por “decadente” e incluso dada por “muerta” pese a su constante reinvención y revaloración en el mercado?

Los enormes cuadros/paneles de Franco tienen afinidad conceptual con el expresionismo abstracto: prima en ellos lo mo-

numental, lo monocromo, la mancha, la gestualidad y el brillo metálico. Unos más “deteriorados” que otros, asemejan siete grandes “espejos” guardados en una “bodega”, en este caso la Sala Matta. Da la impresión de que están trizados y con pérdida de pintura posterior (o sea, dañado su “azogue”); se presentan “oxidados” y con manchas negras como si hubiesen estado a la intemperie. En una primera mirada entonces, el protagonismo es aquí de “lo malogrado”, aunque luego de tomar distancia y contemplar las piezas con mayor atención se descubren figuras fantasmales tras borrones, salpicaduras y líneas; la cabeza de un niño, unas alas, un busto o un desnudo. Nada es obvio, la retina se ve desafiada y la propuesta finalmente intriga.

“Debajo de cada imagen siem-

pre hay otra imagen”, señalaba el crítico estadounidense Douglas Crimp (1944-2019); ello es literal en este caso porque, remontándose a las estrategias de Robert Rauschenberg (1925-2008), Nicolás Franco ha seleccionado fragmentos de reproducciones en blanco y negro de pinturas, esculturas, ornamentos y documentos de la colección del MNBA, agrandándolos y fijándolos con ácido sobre gruesos paneles de aluminio.

El ejercicio recalca que los museos son archivos que nutren a los artistas y que, más aún, “la tradición” se transformó a partir de la posmodernidad en una especie de “catálogo” de donde elegir. Así, estas intensamente “deterioradas” y a veces resplandecientes superficies contienen y ocultan extractos de reproducciones de obras de arte



“Exhalar”, 2023. Ácido clorhídrico, acrílico, óleo y tinta sobre aluminio natural.

© NICOLÁS FRANCO

que, ahora descontextualizadas y sumergidas, se asoman a través de una nebulosa abstracta. “Exhalar” (2023), un trabajo bien logrado, ejemplifica lo anterior. Compuesto por cuatro planchas de aluminio natural (300 x 440 cm), el ácido clorhídrico, pintura asfáltica, acrílico, óleo y tinta con los que están tratadas producen en ellas un campo de “vapores” y borrones a través del cual se distingue la mirada perdida de un niño —quienes estén familiarizados con la colección del museo reconocerán en él a una figura del cuadro “Don Ramón Martínez

de Luco y Caldera y su hijo Don José Fabián”, de José Gil de Castro—. Próximos a su imagen hay otros tres fragmentos, aunque más difíciles de visibilizar: “Aves de caza” (1900) de Demetrio Reveco; “Spes Vnica” (1894) de Simón González y una figura alada de 1897 del escultor Nicanor Plaza. La superficie pictórica contiene un heterogéneo flujo de imágenes y estas reflejan tradiciones, influencias y presencias; aunque establecer nexos de continuidad y asociaciones ciertas es imposible, pues los “restos de referentes” están bien camuflados entre trazos, manchas

y rasguños.

Oscilando entre la abstracción y la figuración, estos palimpsestos de Franco transmiten energía y visceralidad. A partir de imágenes sometidas a borraduras se tensiona la mirada y se evocan muros vandalizados; una agresividad sin complejos. ¿Visibilizar o invisibilizar la memoria histórica? es la pregunta que estas obras suscitan, apuntando quizás a la necesidad de restaurar y recuperar el patrimonio cultural nacional. A propósito —es necesario decirlo—, el único *plotter* de la sala debió señalar la nacionalidad y edad del artista (chileno de 50 años), para así ofrecer al visitante un mínimo de contexto respecto del autor de las obras.

Por último, valga destacar que el cielo de la Sala Matta está ahora pintado de blanco, percibiéndose por ende más amplio y alto su espacio. A ello se suma una sustancial mejora en la iluminación, con focos adaptables que pueden dar luz focal o difusa y que están controlados computacionalmente (un legado de la dirección de Fernando Pérez). Las pinturas de Nicolás Franco no son fáciles de iluminar y este renovado sistema se agradece, pues permite apreciarlas casi en su totalidad, pues la pérdida de información visual es mínima.